

JUAN JOSÉ BARRIENTOS

EL GRITO DE AJETREO

ANOTACIONES A LA NOVELA DE IBARGÜENGOITIA SOBRE HIDALGO

Los pasos de López es el resultado de la reelaboración, sobre todo, de tres relatos: *Hidalgo: la vida del héroe*, de Luis Castillo Ledón, que es una autobiografía novelada que se publicó en 1948, *Sacerdote y caudillo*, de Juan A. Mateos, novelón que apareció por entregas en 1869, y el relato de Pedro García, que acompañó a Hidalgo desde que inició en Dolores la Guerra de Independencia hasta que se le detuvo en Baján.¹ La comparación de la novela con estas obras, así como con alguna página de Luis Villoro, me permitirá mostrar la manera en que Jorge Ibargüengoitia reelabora los hechos, y que en general me recuerda la idea, expresada no hace mucho por Fernando del Paso, de que los novelistas hispanoamericanos deben "asaltar" la historia oficial.² *Los pasos de López* representa por eso una tendencia muy importante de nuestra narrativa, amén de ser una novela divertida.

I

Luis Castillo Ledón escribe que su libro se basa en "el procedimiento de algunos historiadores modernos, que al hacer historia o reconstruir las grandes figuras del pasado, se proponen también hacer arte, dando a hombres y episodios (sin sustraerse a la verdad) un aire novelesco que les comunica mayor relieve y hace que impresionen más vivamente". Ese procedimiento "impide al historiador acumular fechas sin objeto, intercalar citas, poner notas, introducir disertaciones sobre puntos controvertidos, aparecer irresoluto en la exposición de hechos cuyos detalles varían en dos o más versiones; la narración ha de correr fácil, sin tropiezo alguno (...); los acontecimientos, después de depurados, han de exponerse resueltamente, toda vez que la verdadera historia no puede ser un juego de términos indecisos".³ Ibargüengoitia retomó este proyecto, pero con más audacia y también con más recursos de narrador, y en lugar de una biografía novelada, escribió una novela.

Para empezar, ésta es una especie de *roman à clef* en la que el pueblo de Dolores recibe el nombre de Ajetreo, Querétaro el de Cañada y Guanajuato el de Cuévano; lo mismo pasa con los principales personajes históricos, porque los capitanes Allende y Aldama se llaman aquí Ontanza y Aldaco, doña Josefa Ortiz de Domínguez es rebautizada Carmelita y don Miguel Hidalgo, Domingo Periñón. Estos nombres obedecen a diversos propósitos y son más o menos apropiados. Guanajuato ya se llama Cuévano y el Bajío ya es el Plan de Abajo en *Estas ruinas que ves*, otra novela del mismo autor, en la que otras poblaciones y lugares de la región reciben nombres semejantes, con los que Ibargüengoitia se burla de las pretensiones y el regionalismo de sus paisanos y además crea una región imaginaria comparable a las de otros escritores contemporáneos. *Domingo* es casi un anagrama de *don Mi-*

guel, y *Periñón* parece adecuado para el padre de la patria porque recuerda el francés *père*, alude a *riñón*, por su connotación, y además *Dom Perignon* es una marca de champagne,⁴ lo que hace pensar en algo mundano y burbujeante —Hidalgo, por lo demás, era un afrancesado—, idea que resulta reforzada por la connotación de *Domingo* —un día festivo—. El personaje se transforma de manera correspondiente, pues aquí no es el "eclesiástico ilustrado, prototipo del letrado, ex rector del Colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), quien gozaba de gran prestigio intelectual", mencionado por Luis Villoro,⁵ sino un criollo que, como muchos otros revolucionarios hispanoamericanos, había pasado una temporada en Europa, adonde había ido con el propósito de estudiar, pero donde se había dedicado en realidad a todo menos a eso. Además de que aparece tocando la mandolina en una reunión y ensayando en otra ocasión una comedia con los conspiradores, el narrador observa que en su casa había tres mujeres que "parecían tener la misma edad —unos veinte años—, pero no parecían hermanas";⁶ Periñón se las presenta como sus sobrinas, pero el narrador se encuentra posteriormente a solas con una de ellas y comenta que "hubiera sido el momento oportuno de preguntarle si era sobrina de Periñón" (p. 113), lo cual revela una duda acerca de las verdaderas relaciones de las muchachas con el cura (más adelante se insinúa que eran sus amantes). De manera semejante se procede cuando el párroco conduce a sus amigos a la casa de la tía Mela en Cañada, de la que las mujeres salen a recibirlo afectuosamente, pero no se entra en más detalles. En este aspecto, Ibargüengoitia es más discreto que algunos biógrafos de Hidalgo que han dejado claro que no sólo fue padre de la patria.⁷

El personaje resulta en general más alegre, y lo mismo pasa con la corregidora que aquí parece más joven —sólo se menciona a un hijo suyo, aunque en la realidad tuvo quince, y Castillo Ledón escribe que "las relaciones entabladas entre doña Josefa y Allende tuvieron por principio el deseo del capitán de casarse con una de sus hijas".⁸ Por su parte, Allende no tiene hijos en la novela, aunque tuvo uno que murió en Baján, y se siente atraído por doña Josefa, igual que el narrador. La imagen del corregidor está menos cambiada, pero aquí no se apellida Domínguez, sino irónicamente Aquino, debido a que la rebelión que debería empezar en Querétaro y en la que pensaba desempeñar un papel relevante se inició en Dolores y muy pronto lo dejó al margen. El capitán Adarviles asume en la novela el papel de Elizondo, que mediante un engaño capturó a Hidalgo y sus compañeros, pero también el de un capitán Arias que debía encabezar el levantamiento en Querétaro, pero denunció a los conspiradores, así como el de varios jefes que en el Monte de las Cruces —aquí llamado Cerro de los Tostones— casi no to-

maron parte en la lucha; el autor obtiene así todo un traidor que sirve de contrapeso a la imagen del héroe.

Por otra parte, hay cierta simplificación en la manera de trabajar algunos episodios de la historia. Luis Villoro escribe que "en San Miguel el Grande, las tropas del regimiento de la reina, que comanda Allende, se suman a la multitud",⁹ pero en la novela esta reunión se realiza en el escenario mismo del Grito, que es donde también el cura enarbola la imagen de la Virgen de Guadalupe y no en Atotonilco después; también en Ajeteo, Perinón, considerando que su ejército era ya muy grande le propone a Ontananza y Aldaco que se conviertan en coroneles, con lo cual ellos están de acuerdo. El narrador comenta que no se habló de qué grado debía tener el cura, pero que a partir de entonces "actuó como si fuera el único jefe" (p. 115), mientras que Villoro escribe que "en las llanuras de Celaya, 80 mil campesinos indígenas proclamaron a Hidalgo *generalísimo*".¹⁰ El autor procede así como un dramaturgo o un guionista que reduce a uno tres episodios para ahorrarse gastos; al mismo tiempo desacraliza al padre de la patria, pues su versión se opone a la solemnidad del texto de Villoro. No son miles de campesinos indígenas que nada o poco sabían de grados militares los que proclamaron al cura generalísimo, sino él quien se hizo bonitamente del mando.

Del mismo modo, los combates posteriores al del Monte de las Cruces se reducen a una sola batalla: la de Cuijas (Guadalajara), es decir la decisiva del Puente de Calderón; en esa forma, se omiten el encuentro de los insurgentes con las fuerzas de Calleja en Aculco, luego la defensa de Guanajuato, que tuvieron que desalojar, y el desastre de Aguascalientes, donde explotó el parque de los rebeldes. En cambio, se mencionan vagamente los hechos que siguieron a esa batalla y que en realidad no tuvieron tanta importancia como los anteriores: "Durante dos meses Cuartana fue nuestra sombra: a veces se adelantaba, otras iba detrás, pero nunca se despegaba. Quisimos ir a Huetámara: allí estaba Cuartana. Volvimos a rodear la ciudad e hicimos camino a Cañada..." (p. 151).

También hay otros cambios. Luis Villoro escribe que, "después de tomar Guanajuato, entra la multitud en Valladolid y de ahí se dirige audazmente a la capital",¹¹ pero aquí los insurgentes pasan primero a Cañada, donde liberan a Carmelita y sus amigos, corrigiendo así los hechos y a los historiadores que, por lo general, no se vuelven a acordar de ellos;¹² además, no entran en Valladolid —Huetámara en la novela—, porque el obispo Begonia les sale al paso "para saludar a Domingo, decirle que estoy de su parte, y darle a todos ustedes la bendición con el Santísimo" (p. 133), así como para advertirles que en la ciudad había peste, lo que desde luego no era cierto. Aparentemente, este episodio no tiene otro propósito que caracterizar al alto clero, representado por Abad y Queipo, "propugnador de reformas profundas desde hacía años", pero que es "el primero en anatematizar a Hidalgo",¹³ como señala Villoro, pues unos días después Begonia mandó fijar por todas partes una carta pastoral en la que llamaba Aliento de Satanás al Ejército Libertador, describía a los insurgentes como "ateos asesinos y blasfemos, dirigidos por un sacrilego" (p. 146) y los excomulgaba; en realidad, la excomunión se publicó antes de la llegada de los rebeldes, el obispo huyó a la capital cuando éstos se acercaban y otro clérigo trató de disuadirlos de que entraran a la ciudad, pero así todo resulta más efectivo.

La audacia de Ibargüengoitia se manifiesta sobre todo en la *mise en scène*. El padre de la patria no ensayaba comedias

con los otros conspiradores queretanos, sino con sus feligreses años antes de encargarse del curato de Dolores, pero esta manera de mezclar distintas etapas de la vida del héroe es una manera eficaz de resumirla y además Allende se reúne con sus seguidores en el entresuelo de una casa en la que se celebraba un baile; la representación de comedias sustituye así al baile y prepara en cierto modo los acontecimientos que tuvieron lugar al descubrirse la conjura y que parecen propios de una comedia. Del mismo modo, el cura no hace construir en sus talleres "unos cañoncitos"¹⁴ sino un cañón que contenía el bronce de cinco campanas y que había bautizado "el Niño". Además, al ser detenido por sus captores, Allende disparó un pistoletazo, pero erró, mientras que aquí "trató de escapar, para evitarlo un oficial disparó su pistola y la bala fue a dar, sin querer, en la frente de Adarviles, que murió en el acto" (p. 153). Sin embargo, no todas las modificaciones de la historia parecen igualmente afortunadas o aceptables. Luis Villoro señala que después de la batalla del Monte de las Cruces quedó abierto el camino a la capital, pero también que "la multitud insurgente ha sufrido grandes pérdidas, está agotada y carece de pertrechos", así como que "del norte viene un ejército realista comandado por Félix María Calleja", y que "sea por estas razones de orden militar, sea por el temor del sacerdote a la violencia y el saqueo de la capital por parte de la plebe, Hidalgo decide no atacarla";¹⁵ el caso es que aquí la retirada, considerada el mayor error de los insurgentes, sólo se atribuye a razones militares, con lo cual la decisión del cura pierde su ambigüedad y se empobrece, aunque esto concuerda con el propósito de presentarlo como un hombre de carne y hueso.

Aparte de esto, no hay mucho más: el autor no ofrece ninguna nueva interpretación de la historia. Hasta cierto punto coincide con Villoro, que afirma que con el Grito "el movimiento ha dado un vuelco. La insurrección ya no se restringe a los criollos letrados... La primera gran revolución de la América hispana se ha iniciado";¹⁶ además, hay momentos en que vemos que "el otro dirigente, Allende, no puede seguir fácilmente el sesgo popular que la rebelión ha tomado" y que "no entiende ni aprueba las condescendencias de Hidalgo con la plebe".¹⁷ De cualquier modo, esta novela recuerda sobre todo a un historiador cuevanense mencionado en *Estas ruinas que ves*, don Benjamín Padilla, "autor de la más lúcida interpretación de nuestra Guerra de Independencia, interpretación que por desgracia ha quedado relegada al olvido por no coincidir con la versión aprobada por la Secretaría de Educación Pública, debido a que don Benjamín considera que la Independencia de México se debe a un juego de salón que acabó en desastre nacional".¹⁸ Hasta el momento no he podido identificar a este historiador que podría ser Lucas Alamán, a cuya familia visitó Hidalgo en Guanajuato antes de iniciarse la rebelión, o José María Bustamante, que en esa ocasión le proporcionó "un diccionario de ciencias y artes en donde estaba un artículo sobre artillería y fabricación de cañones",¹⁹ que en la novela se convierte en un volumen de la enciclopedia que Perinón obtiene del intendente.

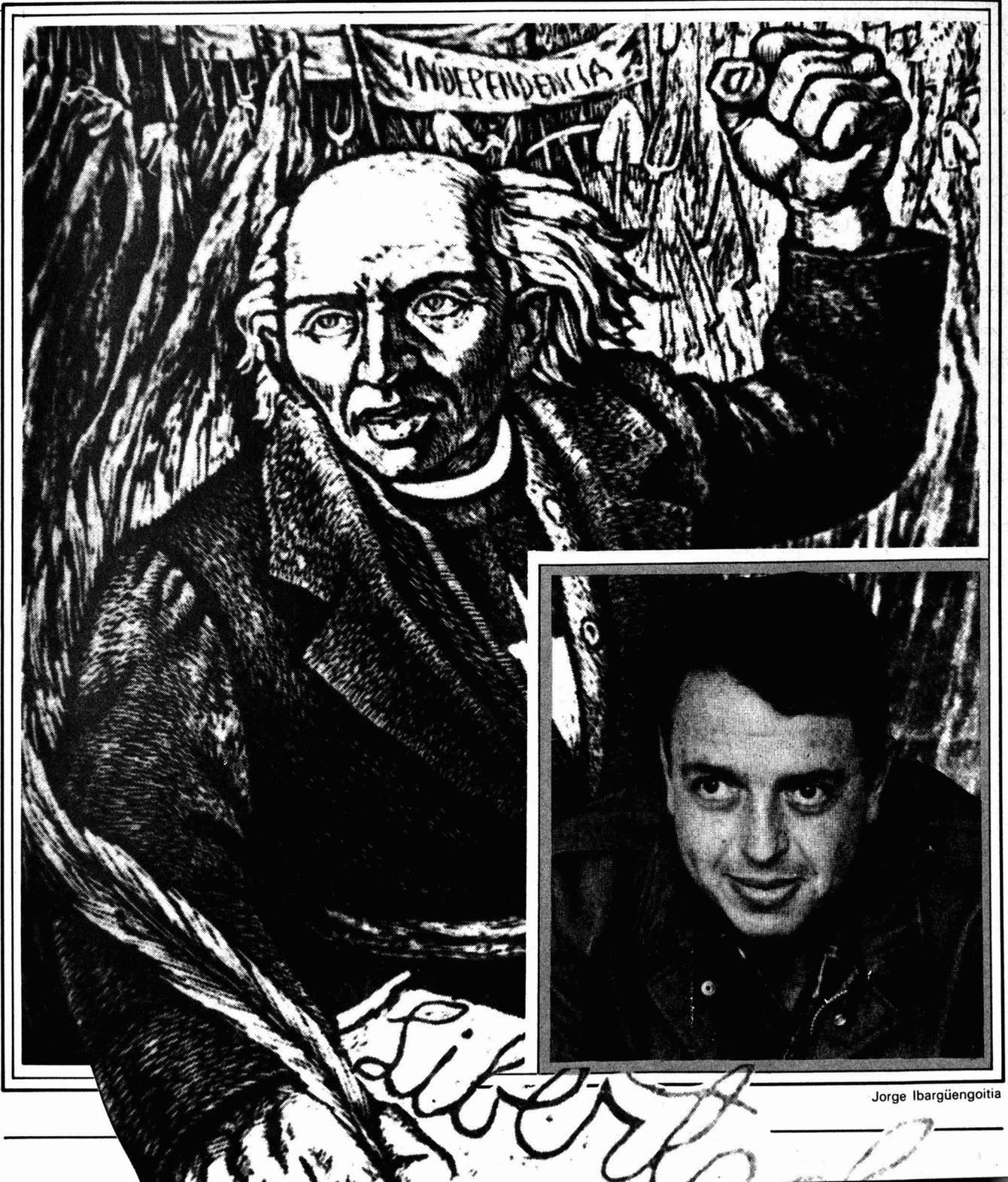
Dije antes que Ibargüengoitia procede como un dramaturgo o un guionista, y en realidad esta novela está destinada a la pantalla, pues todo el relato se articula en escenas que no sería difícil filmar; incluso la primera escena en que hay varios sumarios por los que nos enteramos de los antecedentes de los viajeros que se dirigen a Cañada en una diligencia no presenta mayores dificultades, pues éstos se podrían oír en "off" con la voz del narrador. La novela es técnicamente

muy sencilla y carece de pretensiones. El autor narra los hechos desde el punto de vista de un testigo: el artillero Matías Chandón que participa por azar en la conspiración y luego en la lucha. Esta perspectiva se mantiene a lo largo de toda la novela, pero para remediar sus limitaciones el narrador aporta, a veces entre paréntesis, datos que sólo supo después y complementa lo que presenció con lo que le contaron. La obra tiene por eso la apariencia de unas *memorias*; sin embargo, en un momento los hechos hacen pensar en una comedia, y el autor subraya esta semejanza por medio del diálogo y la expresión "Cae lentamente el telón" con que termina el capítulo quince. El narrador desempeña, por otra parte, el papel que en la historia tuvieron Aldama y los emisarios enviados por la corregidora para avisarle a Allende que la conspi-

ración se había descubierto; también, el del Pípila porque la puerta de la alhóndiga de Granaditas, donde se habían refugiado los españoles de Guanajuato, es derribada a cañonazos y no quemada con ocote.

II

Los pasos de López es una *remake* de *Sacerdote y caudillo*, pero el propósito de la obra no es ya erigir un monumento a Hidalgo sino bajarlo de su pedestal y por eso la perspectiva no es la de un autor omnisciente, sino la de un testigo. De esta diferencia se derivan otras; *Sacerdote y caudillo* es un relato mucho más amplio que *Los pasos de López*; no empieza unas semanas antes del Grito sino que comienza con la historia de los padres



Jorge Ibarguengoitia

del héroe y además registra las de varios personajes más o menos imaginarios que en *Los pasos...*, por decirlo así, se suprimen; también se eliminan las de algunos precursores de la emancipación política del país, y la del virrey Iturrigaray, llamado aquí Iturribarri, se resume y se modifica; es como si, decidido a reelaborar la novela, Ibargüengoitia hubiera empezado por prescindir de los capítulos menos relacionados con el héroe, que son la mayoría, y luego hubiera reescrito los demás desde el punto de vista de uno de los rebeldes.²⁰ Las actividades de los insurgentes se presentan, en efecto, desde varios puntos de vista en *Sacerdote y caudillo*; en una escena, el virrey Venegas, que mientras presenciaba una corrida de toros había recibido un mensaje urgente, discute en una reunión las medidas que debe tomar ante la insurrección y decide enviar a Querétaro al alcalde de corte para que procese al corregidor y a los otros conspiradores que se encontraban detenidos, además de nombrar a Manuel Flon comandante de las fuerzas que luego se reunirían con las de Calleja; en otra escena, el intendente de Guanajuato recibe un pliego mientras asiste a misa, abandona la iglesia, manda tocar "general" y entera a la población del levantamiento que había tenido lugar en el pueblo de Dolores, así como del avance de los rebeldes, que se dispone a rechazar en seguida; en otra escena, el obispo de Michoacán habla con otros eclesiásticos acerca del edicto por el que había excomulgado a los rebeldes cuando se le entrega un escrito por el que se enteró de que éstos se acercan a Valladolid y en el que se le aconseja abandonar la ciudad, con lo que comienza la desbandada. Por el contrario, en *Los pasos de López* no hay escenas como éstas, cuya semejanza, dicho sea de paso, es notable; todo se cuenta desde el punto de vista de uno de los rebeldes, y de esta perspectiva resultan todas las dificultades que hasta aquí he señalado —la reducción puede subordinarse al cambio de perspectiva, pero no al revés—, así como la sencillez del relato de Ibargüengoitia, que contrasta con la solemnidad del de Mateos, en el que abundan las comparaciones y exclamaciones laudatorias.²¹ Aparte de que, como ya he dicho, el propósito de uno y otro es distinto, esta diferencia se debe también a que la narración parece muy posterior a los hechos en *Sacerdote y caudillo*, pero no tanto en *Los pasos...*, donde el narrador habla de personas a las que conoció, es decir de sus compañeros y no de personajes de un pasado heroico más o menos lejano, a los que se quiere reivindicar. Por eso los personajes se expresan con mucha mayor naturalidad en la novela de Ibargüengoitia que en la de Mateos, en la que, por ejemplo, Hidalgo habla ante los otros conspiradores en un tono declamatorio y teatral de las ventajas de la independencia, que es algo que ya debían haber comentado muchas veces, mientras que en *Los pasos de López* las personas comprometidas en la conspiración aparecen preocupadas por los problemas prácticos de la rebelión (como trasladar armas de un pueblo a otro).

Por otra parte, *Los pasos...* puede parecer un relato expurgado debido a que se omiten algunos crímenes de que se acusó a Hidalgo, es decir las matanzas de la barranca de las Bateas, cerca de Valladolid, y de las barrancas del Belem y del Salto, en los alrededores de Guadalajara, donde los españoles de esas ciudades que se encontraban detenidos por los rebeldes murieron degollados; en cambio, en *Sacerdote y caudillo* se mencionan estos asesinatos, pero se explica que los de Valladolid se realizaron en represalia por las ejecuciones ordenadas por Calleja con los prisioneros que hizo en Aculco, mientras que los de Guadalajara se atribuyen a que los españoles no cesaban de conspirar y habían planeado matar a

Hidalgo; además, el encargado de pasar a cuchillo a los españoles de Guadalajara es un personaje cuyo carácter sanguinario se atribuye en esta novela a que de niño había visto morir a su padre atormentado en la Inquisición, aunque en realidad Agustín Marroquín "era un mal sujeto que habiendo sido criado del virrey Iturrigaray, después se hizo torero de profesión y posteriormente taurino y ladrón, por lo que se encontraba preso en Guadalajara, y libertado junto con los demás presos a la entrada de Hidalgo, éste lo hizo su mozo de estribo y le dio el grado de capitán".²² Otro personaje semejante es Lino, el mulato, que antes de que las fuerzas de Calleja desalojaran de Guanajuato a las de Allende recorrió las calles y las plazas de la ciudad agitando a la muchedumbre que "siguió al negro a la alhóndiga y arrollando a la guardia del regimiento de infantería que custodiaba a los prisioneros (españoles) dio muerte a ciento treinta y ocho de los doscientos cuarenta y siete que eran".²³ Estos personajes representan a los maleantes y a la canalla que se aprovechó de la rebelión para cometer los más diversos delitos. En cambio, el Pípila, "un hombre del pueblo", de "carácter franco y abierto",²⁴ representa a los hombres de bien que acompañaron a Hidalgo. Por eso el papel de este personaje no se limita en la novela a quemar la puerta de la alhóndiga, sino que antes es enviado de Guanajuato a prevenir a Allende y a Hidalgo de que el sargento Garrido los había delatado, después participa en la lucha, y al final se convierte en el vengador del caudillo al matar a Elizondo. En resumen, *Sacerdote y caudillo* es un relato apologético en el que se responde a Lucas Alamán, que había acusado a Hidalgo de mandar matar a unas personas cuya única culpa era no haber nacido en el país;²⁵ además, Juan A. Mateos escribe en una época en que esos hechos se recordaban y era necesario explicarlos. Por el contrario, ahora el pueblo los ha olvidado e Ibargüengoitia no tiene que defender a Hidalgo. *Los pasos de López* es por otra parte una síntesis y para recordarnos la violencia de la Guerra de Independencia no se necesita toda la matazón: basta con la muerte de un hombre. Por eso la del intendente de Guanajuato se siente más en esta novela, aunque su necesidad histórica quede clara: "Es muy triste que Pablo haya muerto", observa Periñón, "pero más triste sería que él nos hubiera matado" (p. 124).

Sacerdote y caudillo es de cualquier modo un relato demasiado tenebroso y sangriento en el que además de los crímenes reales y comprobados hay muchos asesinatos y atrocidades imaginarios y por el que Ibargüengoitia ha sabido pasar la esponja y aclarar algunos pasajes.²⁶ *Los pasos de López* se podría convertir dentro de poco en una película a colores, mientras que, si se hubiera filmado *Sacerdote y caudillo*, habría sido en blanco y negro —cuando más en sepia o magenta. En esta novela predominan los espacios cerrados, interiores, y las escenas nocturnas; en la otra, se aprovecha más el paisaje, hay más luz y la época colonial parece menos opresiva; incluso la Inquisición, representada por el licenciado Manubrio, resulta, por incompetente, mucho menos siniestra. Comparemos, por ejemplo, la manera en que aparece el héroe en una y otra novela. En *Sacerdote y caudillo* el rostro de Hidalgo se ilumina cuando prende una vela en el aposento que ocupa como rector en el Colegio de San Nicolás, pero "aquella luz no era bastante para dar de lleno sobre todos los ángulos del salón, y las sombras se posaban por doquiera disputándose la extensión de aquella pieza",²⁷ después de cerrar por dentro la puerta y de asegurarse de que está solo, el rector se pone a leer un escrito que tenía escondido. Todo en esta escena nos dice que "la ciencia era un crimen en la

colonia, era el principio de la subversión".²⁸ En *Los pasos de López*, el narrador ve al héroe por primera vez desde la ventana de la diligencia en que se dirige a Cañada "una mañana de junio", en que "el cielo estaba azul fuerte y parecía que no existiera la lluvia" (p. 8); Periñón iba montado en su caballo blanco, "muy tranquilo", "tenía la calva requemada por el sol, se sabía que era cura por el alzacuello, pero en vez de sotana llevaba pantalones y botas con espuelas" (p. 8). La conversación de los pasajeros que van en la diligencia es el "marco" de esta escena y hay algo premonitorio en las palabras de Manubrio sobre la conspiración que se había descubierto en Huetámaro y la inquietud que había en la provincia. Algo semejante ocurre con la escena de *Sacerdote y caudillo* porque la precavida lectura que el rector realiza a escondidas crea una tensión y luego sabemos que alguien lo ha visto; es como si la cámara retrocediera permitiendo ver al espía. Este es un agente de la Inquisición que unos veinte años después todavía sigue a Hidalgo y que en *Los pasos* se convierte en el padre Pinole, que en Cañada tenía fama de indiscreto, por lo que "no se confesaban con él más que los que eran casi santos" (p. 10), pero que de ningún modo pertenecía a la Inquisición.²⁹

Después de esto no es extraño que la parte más animada del relato en *Los pasos de López* esté dedicada a la manera en que se descubrió la conspiración. Para empezar, el secretario de la Junta le reveló todo al administrador de correos de Querétaro, que le exigió escribir su denuncia y se la envió con una carta suya al administrador de correos de la capital, que se las entregó al oidor Aguirre, pero éste no quiso enterar al regente, a quien destestaba, para no darle la oportunidad de quedar bien aplastando una revuelta, por lo que se limitó a mandar vigilar a los acusados y sólo después de perder un tiempo precioso mandó informar al nuevo virrey, que se acercaba a la capital procedente de Veracruz. Ibargüengoitia suprime la última parte de la historia y escribe que "la denuncia y la carta quedaron archivadas hasta que fueron descubiertas años después" (p. 69), así como que "no se sabe si fueron leídas por el destinatario, porque no produjeron ningún efecto" (p. 69). No aclara por qué el administrador de correos de Cañada optó por enviar la denuncia a su superior en la capital, "en vez de acudir con la información recibida al alcalde Ochoa, que era la autoridad más alta en la ciudad que no estuviera complicada en la Junta" (p. 69), pero como recompensó al delator con un puesto de aparcerista en el depósito de tabaco, es posible que él mismo buscara una recompensa semejante; además, la denuncia del secretario, que aquí se apellida Manrique y no Galván, se atribuye a despecho porque la corregidora no lo había invitado a una fiesta. Por otra parte, el sargento Garrido, que era el principal agente de los conspiradores en Guanajuato, los denunció ante el capitán de su regimiento, y éste transmitió la denuncia a un mayor, que puso al tanto al intendente de la provincia, el cual se resistió a darle crédito al principio y sólo después de obtener algunas pruebas de Garrido escribió al virrey recomendándole que enviara inmediatamente la caballería a ocupar las poblaciones en que se tramaba la rebelión; para proteger a Garrido, el intendente mandó ponerlo preso con los militares a los que había delatado. Para que la muerte del intendente resulte más lamentable, Ibargüengoitia escribe que lo que hizo "es signo de indecisión y gentileza", pues mandó reunir al cabildo, lo enteró de las acusaciones del sargento Alfaro y no Garrido —detrás de estos cambios hay seguramente algunos chistes privados—, hizo levantar un acta de la reunión, en la que se recomendaba detener

a los acusados y averiguar si eran ciertos los cargos, pero luego optó por mandar vigilar a los supuestos cabecillas, que eran sus amigos; además, el traidor, que como prueba exhibió setenta pesos que había recibido para seducir a la tropa, pero que en la novela "no dijo nada de los doscientos pesos" (p. 84), muere en la alhóndiga, si bien en realidad sólo cayó prisionero de los rebeldes y aunque Hidalgo habló de castigarlo nunca lo hizo —es seguro que a Ibargüengoitia le parece necesario que los traidores reciban su castigo en una obra de este tipo. Por último, el doctor Manuel Iturriaga, que había elaborado con Hidalgo y Allende el proyecto de independencia, pero que no había asistido a las reuniones por estar enfermo, se agravó repentinamente y en su lecho de muerte le contó todo a un franciscano que era su confesor, y éste se lo comunicó al arzobispo, que se limitó a mandarlo al virrey, en parte porque no consideró de su competencia el asunto y en parte porque no quiso violar el secreto de confesión. En *Los pasos*, Iturriaga se convierte en el presbítero Concha, que antes de morir se confiesa con el padre Pinole, que no delata a nadie, pero da lugar a la delación de Adarviles —la denuncia de Arias se debió en realidad a la de Garrido—, que al enterarse de que Pinole sabía todo, se cree perdido y le cuenta todo el alcalde Ochoa y al licenciado Manubrio, que representa en la novela a un escribano español llamado José Fernando Domínguez. Y éste presiona al corregidor para que detenga a sus compañeros.

La semejanza de este enredo con una comedia es señalada por Ibargüengoitia, como dije antes, pero tampoco se le podía escapar a Juan A. Mateos, que antes de novelas había escrito numerosas piezas de teatro en colaboración con Riva Palacio; por eso en *Sacerdote y caudillo* el capitán Arias le asegura al alcalde que al mandar arrestar a los conspiradores "el corregidor está representando una farsa tristemente ridícula", debido a que es su cómplice y a que "su esposa, más atrevida que él, ejerce la propaganda con una audacia sin nombre".³⁰ El episodio está desafortunadamente perdido entre las truculentas aventuras de los personajes imaginados por Mateos, mientras que en *Los pasos* se le destaca.

En realidad, el enredo es más complicado todavía, porque el capitán Arias, que debería encabezar la rebelión, pero delató a sus compañeros, luego se arrepintió y cuando el alcalde de corte lo dejó libre, en parte porque su prisión era fingida y en parte porque prometió disuadir a Hidalgo y Allende, se reunió con éstos y peleó a su lado hasta que se les detuvo en Baján, donde resultó herido de un balazo, a consecuencia del cual murió dos o tres días después. En cambio, Aldama, que asistió al Grito de Dolores, luego se mostró tibio en el Monte de las Cruces, donde permaneció al margen de la lucha, mientras Allende y Jiménez se distinguían por su valor y heroicidad, y en la declaración que rindió cuando se le detuvo mostró cobardía y falta de convicciones, al grado de que Castillo Ledón opina que, aunque haya sido fusilado con Abasolo, "no por eso merecen ser considerados como héroes".³¹ Por lo demás, se sabe que incluso Hidalgo y Allende se acusaron mutuamente en sus declaraciones; Hidalgo aseguró que iba al norte más bien como prisionero que por su propia voluntad y que por eso no sabía el propósito de esa marcha, pero que suponía que Allende y Jiménez se proponían comprar armas o "alzarse con los caudales que llevaban y dejar burlados a los que le seguían";³² Allende culpó a Hidalgo de la matanza de españoles en Guadalajara y Valladolid, asegurando que él se había opuesto a ellas y que incluso para evitarlas había planeado envenenarlo con su hijo Indalecio y el capitán Arias. Antes de que rindieran estas de-

claraciones, las diferencias de opinión entre los principales jefes del movimiento habían tenido como consecuencia que se despojara a Hidalgo del mando militar y sólo se le dejara el político.

Las desavenencias de los cabecillas se atenúan considerablemente en *Los pasos de López*. Perinión admite que la derrota de Cuijas es culpa suya, pero en vez de recriminaciones escucha palabras de aliento de sus compañeros; lo mismo pasa en *Sacerdote y caudillo*, donde no hay discrepancias entre Hidalgo y Allende. Por eso ambos relatos pueden considerarse expurgados, aunque no siempre del mismo modo. La destitución de Hidalgo del cargo de rector, para mencionar otro ejemplo, sólo se atribuye en *Sacerdote y caudillo* a sus lecturas clandestinas y a intrigas clericales, pero Castillo Ledón escribe que también se le acusaba de que era dado al juego y de que mantenía relaciones amorosas con varias mujeres, especialmente con una que “vestía de todas mudas”,³³ ésta era Manuela Ramos Pichardo, que no se menciona en la novela, como a ninguna otra de las amantes de Hidalgo. Tampoco se la menciona en *Los pasos de López*, pero esto se debe a que todo se cuenta desde el punto de vista de una persona que conoció a Perinión sólo unas semanas antes del Grito y a que la vida de éste es algo diferente a la de Hidalgo, como hemos visto; la actitud de Ibarguengoitia sobre este aspecto es en realidad completamente opuesta a la de Juan A. Mateos, y por eso se da a entender que no faltaban mujeres en el pasado del héroe cuando se menciona a “la muchacha que conoció en Cádiz llamada Paquita” (p. 7), además de que se le inventan tres sobrinas que se insinúa eran sus amantes. La historia es esencialmente la misma, pero la imagen del padre de la patria adquiere así mayor fuerza porque se le rejuvenece.

Por supuesto, en ambos relatos se trata de realzar esa imagen, pero de manera muy diferente. En *Sacerdote y caudillo*, el autor interviene a menudo para comentar los acontecimientos y alabar al protagonista; además, éste aparece muchas veces arengando a un grupo que puede ser el de los conspiradores de Querétaro o el ayuntamiento de Celaya o Valladolid. En cambio, en *Los pasos* la grandeza de Perinión se siente sin necesidad de que nadie la señale y sobre todo se manifiesta en que comprende no sólo a sus adversarios como el intendente de Guanajuato —“Hizo bien en resistir. Cumplió con su deber” (p. 124)—, el obispo Begonia —“...no quiere que entremos en Huetámara. Hace bien. Yo haría lo mismo por Ajeteo si estuviera en sus zapatos” (p. 134)— o a los desertores del Ejército Libertador —“Es lo que haríamos nosotros si no estuviéramos en esto hasta el cogote” (p. 151)—, sino también y sobre todo el papel que desempeña en la historia, porque, a diferencia de Aquino que creía que se podía independizar el país sin lucha alguna o de Adarviles que incluso soñaba en trasladarse a la capital porque “es allí donde se gobierna el país, no hay por qué engañarse” (p. 59), Perinión sabía muy bien que “sería raro que llegáramos a ver el final de esto que estamos comenzando” (p. 76).

En conclusión, *Sacerdote y caudillo* es una muestra de lo que un escrito llama “la monumentalización y deshumanización romántica de las figuras históricas”,³⁴ mientras que *Los pasos de López* es un relato escrito “sin monumentalizar románticamente las figuras significativas de la historia ni rebajarlas a los niveles de las menudencias privadas y psicológicas”, es decir que Ibarguengoitia “humaniza a sus héroes históricos pero evita lo que Hegel llama *sicología de camarero*, a saber, el detallado análisis de pequeñas peculiaridades humanas que nada tienen que ver con la misión histórica del personaje”³⁵ —la atracción que algunos personajes sienten por Carmelita

y la manera en que ella se porta con ellos, así como las sobrinas de Perinión, son indicios de la personalidad de los héroes y explican por lo tanto su actuación en la historia. Ibarguengoitia sabe que en la reproducción literaria de la historia no importa que algunos detalles no concuerden con los hechos y maneja libremente los acontecimientos que en *Sacerdote y caudillo* se relatan “con puntualidad de historiador”,³⁶ al grado de que con tal de acercarnos al héroe no vacila en modernizar el lenguaje³⁷ o en incurrir en otros anacronismos como el de meter a sus personajes en una diligencia.³⁸ La nueva novela histórica hispanoamericana se caracteriza precisamente por esta libertad con que se manejan los hechos.

III

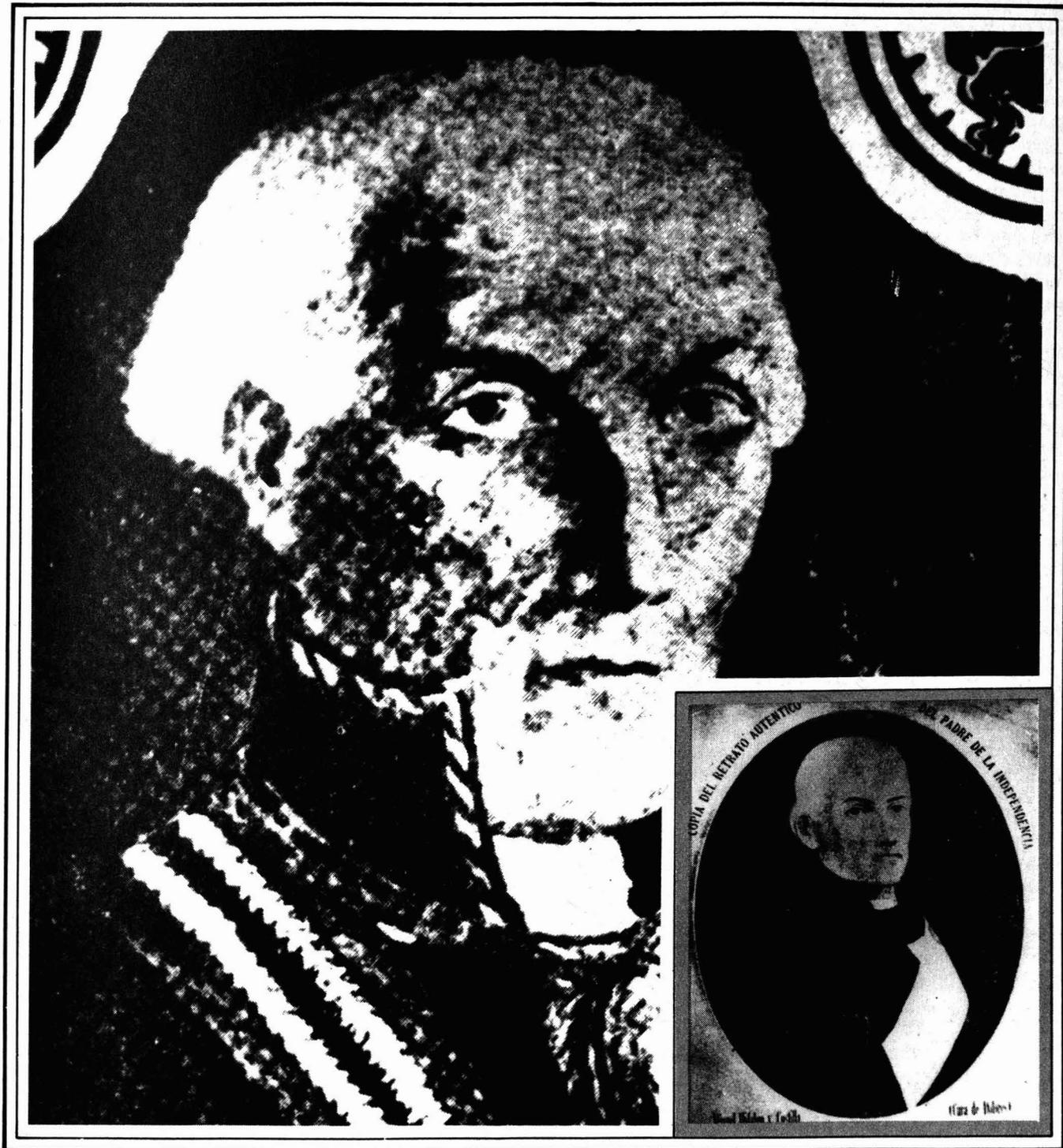
De los compañeros de Hidalgo quedan la llamada *Relación de José Pedro Sotelo*, que no conozco, y la *Memoria sobre los primeros pasos de la Independencia*, de Pedro García, que se publicó en 1928 en el tomo I de los *Documentos de la Independencia* en la Colección de Documentos del Museo Nacional de Antropología y Etnografía, que dirigía entonces Luis Castillo Ledón. Este relato, que titulado *Con el cura Hidalgo en la Guerra de Independencia* se reeditó en 1967 y hace un año en la colección SEP/80, es uno de los principales antecedentes de *Los pasos de López*, porque esta novela tiene la forma de una memoria. Sin embargo, el relato de Pedro García está escrito en tercera persona, la primera es rara y casi no aparece sino en la última parte correspondiente al éxodo de los insurgentes hacia al norte que siguió a la derrota del Puente de Calderón; antes de eso, el autor relata los hechos sin precisar qué presenció, qué le contaron, ni quién y dónde se lo contó, de modo que sus memorias no tienen las características propias de este género y que le dan su encanto especial. Incluso Luis Castillo Ledón considera que la relación “es falsa en lo relativo a la proclamación y los acontecimientos del 16 de septiembre, porque García no los presencié y no vino a unirse a los insurgentes sino hasta su salida de San Miguel, donde vivía y era dependiente en la tienda de D. José Domingo de Allende”.³⁹ Además, García es demasiado discreto, no dice por qué se decidió a participar en la lucha, en la que por lo demás no se distinguió de ningún modo, y casi no habla de sí mismo, pero sobre todo tiene el defecto de no haber estado cerca de los cabecillas ni merecido su confianza. En cambio, el artillero Matías Chandón explica la manera en que se involucró en la conspiración y conoció a las personas comprometidas en ella, habla de la atracción que sintió primero hacia la corregidora y de su encuentro luego con Cecilia Parada, con la que más tarde se casaría y que era hija de uno de los conjurados; la relación con esta muchacha, sobre la que no da detalles, hace verosímil su participación en la lucha, en la que se distingue primero porque es el artillero que se necesita para manejar “el Niño”, luego porque abre a cañazos la puerta de la alhóndiga de Granaditas y mata de un tiro al intendente de Guanajuato. Después, es el sobreviviente de la aventura encargada de relatarla y en sus memorias, escritas más de veinte años después, distingue escrupulosamente lo que presencié de lo que le contaron luego y de lo que no supo sino muchos años más tarde. Las deficiencias de la relación de Pedro García se remedian así en *Los pasos de López*.

IV

Después de la muerte de Hidalgo se prohibió hablar de él,

durante unos diez años “esto era un gran delito que se castigaba con rigor” y por eso “no se encuentra en todo el país un retrato que siquiera se le parezca”;⁴⁰ “no hallando en ninguna parte una galería de retratos de los héroes de la patria, (Maximiliano) mandó hacerla, encargando los cuadros a los mejores artistas”,⁴¹ y el de Hidalgo recayó en Joaquín Ramírez, que lo pintó al óleo reproduciendo los rasgos de la estatuilla de madera labrada por el imaginero Terrazas después del combate del Monte de las Cruces; antes de eso apenas existían “los pequeños (retratos) hechos en cera por Rodríguez”, las copias de éstos que se publicaron en Londres y “los que en malas litografías publicó Alamán”.⁴² Desde 1825 se festejaba el inicio de la Guerra de Independencia, pero en 1864 el emperador se trasladó al pueblo de Dolores con una

gran comitiva para solemnizar la noche del 15 de septiembre la ceremonia del Grito, y, en 1865, para conmemorar el centenario del nacimiento de Morelos, hizo erigir una estatua y colocarla en una de las principales calles de la capital, con todo lo cual “dio una lección severa a los gobiernos y ayuntamientos republicanos que desde 1824 hasta 1863, en todo habían pensado menos en erigir estatuas a los Padres de la Patria, en conservar sus retratos y en honrar su memoria con monumentos públicos”.⁴³ El que se había pensado levantar en la Plaza Mayor quedó en proyecto, pues sólo se hizo el zócalo, por el que se conoció después el lugar y hasta 1888 sólo había una estatua de Hidalgo en San Luis Potosí y otra en Toluca, pero ésta se debía a una donación privada y no a un decreto público; incluso “un Congreso se contentó con de-



cretar como una gran cosa que se depositaran las cenizas de los héroes en un altar lleno de ratas de la catedral de México y con poner el nombre de aquellos ilustres caudillos a varias poblaciones y a varias calles y plazuelas de los suburbios".⁴⁴ Tampoco los poetas los habían honrado debidamente porque Quintana Roo y Sánchez de Tagle sólo "se vieron obligados a evocar las proezas de Hidalgo y de Morelos"⁴⁵ para realzar las de Iturbide, a quien componían sus odas, y, luego, los poetas de la Academia de Letrán "tenían a menos consagrar himnos a la libertad de México".⁴⁶ En esa época, además, se impusieron los escritores reaccionarios encabezados por Alamán, que en su *Historia* y en los periódicos que fundó, llamó a Hidalgo "ladrón y asesino" y "presentó a los demás insurgentes como una horda de forajidos sin Dios ni ley",⁴⁷ por lo que se consideraba de buen tono hablar de "los grandes crímenes" cometidos por los patriotas de 1810. Sólo después, los poetas que se reunieron alrededor de Francisco Zarco en el llamado Liceo Hidalgo y en otras asociaciones semejantes comenzaron a escribir alabanzas a los héroes y, en la década de 1853 a 1863, aparecieron otros "cuyo carácter es fundamentalmente patriótico y que no formaron escuela";⁴⁸ éstos eran Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, asesinados en Tacubaya por los conservadores, Leandro Valle, también asesinado por los reaccionarios, Vicente Riva Palacio, que de dramaturgo se convirtió en general, y Juan A. Mateos, hermano de Manuel, entre otros. Pedro García escribió su relación precisamente en respuesta a los detractores de Hidalgo y en especial a un artículo de Alamán y luego Díaz Covarrubias publicó la primera novela en que se reivindicaba al cura de Dolores, *Gil Gómez, el insurgente* (1859), a la que siguió el *Sacerdote y caudillo* (1869) de Juan A. Mateos.⁴⁹ La novela era ya "el género de literatura más cultivado del siglo XIX" y "la producción literaria que se ve con más gusto por el público, y cuya lectura se hace hoy más popular",⁵⁰ de acuerdo con Altamirano, que la consideraba "el mejor vehículo de propaganda"⁵¹ y le asignaba la tarea de divulgar la historia del país y en especial las hazañas de los insurgentes cuyo recuerdo sólo se conservaba "en obras voluminosas, como las de Bustamante, Mora, Zavala y Alamán, que además de ser escasísimas no estaban al alcance de los más a causa de su costo".⁵² Díaz Covarrubias y Mateos realizan en parte esa labor y por eso no es extraño que en sus obras se ponga a Hidalgo en un pedestal, pero *Los pasos de López* aparece en una época muy distinta.

Durante la época en que gobiernan los liberales, el pueblo que ni siquiera se sabía ni sentía mexicano adquirió "la conciencia de una nacionalidad integrada por un territorio, un pueblo mestizo, producto de la fusión de dos razas y dos culturas, una historia común y una religión con santos patronos (Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, los Niños Héroes y los mártires de la Reforma), con símbolos venerables (la bandera, el escudo y el himno), con calendario de fiestas y conmemoraciones cívicas (5 de mayo, 16 de septiembre y otras) y con una complicada liturgia de discursos, alaridos, cohetes, desfiles, ofrendas florales y balazos".⁵³ Esta época culmina precisamente con las celebraciones del centenario en las que se inaugura, simbólicamente, el monumento a la Independencia que proyectó Rivas Mercado. Después de la revolución, y restablecida la paz, se reanuda el culto a los héroes y en 1925 se trasladan sus cenizas de la catedral a la columna de la Independencia; José Clemente Orozco pinta a Hidalgo en el mural del Palacio de Gobierno de Guadalajara y Diego Rivera en el que está en el fondo de la escalera del patio central de Palacio Nacional; a estas obras se agrega luego el

cuadro pintado por Siqueiros con motivo del bicentenario del nacimiento del cura de Dolores que se encuentra en el Colegio de San Nicolás, donde también se conserva el retrato que hizo Alfredo Zalce y que con el dibujo de Leopoldo Méndez, entre otros, contribuyó a remplazar por una mucho más vigorosa la imagen del anciano pintado por Ramírez. *Los pasos de López* se alinea con estas obras y es también un "retrato moral", como el de Zalce, y por eso los conspiradores parecen más jóvenes. Aquí lo metafórico se vuelve real.

Por otra parte, la demagogia oficial ha erizado de estatuas y monumentos los parques y las plazas del país; los símbolos patrios se han desgastado —los colores de la bandera son también los del partido oficial— y por eso "la reacción general de niños y adolescentes frente a estos símbolos es de indiferencia, cuando no de franco rechazo".⁵⁴ *Los pasos de López* es un relato escrito con el propósito de rescatar a Hidalgo y a los héroes de la Independencia de los pedestales de la demagogia oficial para devolvérselos al pueblo. Ibarguengoitia, que no es un iconoclasta, sabía muy bien que esa delicada tarea no se podría realizar sin humor y por eso, recordando que en las tiendas del país se venden botellas de un vino "Hidalgo", convirtió al padre de la patria en champagne y lo llamó Domingo Perión; y esto también es un homenaje —tal vez el mejor.

Notas

1. Este ensayo se basa en la idea de que "la literatura hispanoamericana no es un mero conjunto de obras sino las relaciones entre esas obras", porque "cada una de ellas es una respuesta, declarada o tácita, a otra obra escrita por un predecesor, un contemporáneo o un imaginario descendiente", y, en consecuencia, "nuestra crítica debería explorar estas relaciones y mostrar-nos cómo esas afirmaciones y negaciones excluyentes son también, de alguna manera, complementarias". Esta idea ha sido expresada de una manera acertada por Octavio Paz en su libro *In/mediaciones* (Barcelona: Seix Barral, 1979, p. 37), donde postula "una historia de la literatura hispanoamericana que nos contase esa vasta y múltiple aventura, casi siempre clandestina, de unos cuantos espíritus en el espacio móvil del lenguaje". Por supuesto, mi trabajo podría clasificarse dentro de lo que los alemanes llaman "Stoffgeschichte" y los franceses "thematologie", es decir el estudio o historia de los temas; también como un análisis de la hipertextualidad, o sea la relación que une un texto B llamado hipertexto con un texto A llamado hipotexto, del cual se puede considerar como resultado después de una operación de transformación. Sobre esta noción y las posibles transformaciones hay un libro de Gérard Genette, *Palimpsestes* (París: Seuil, 1982). Deliberadamente, he optado por no usar un vocabulario técnico.

Por otra parte, no habría podido escribir estas páginas sin la colaboración de algunas personas como Elizabeth Velázquez, que me encontró un ejemplar de *Sacerdote y caudillo* en una librería de viejo, y Gabriela Becerra, coordinadora de la colección SEP/80, que me habló de Pedro García y me obsequió un ejemplar de su relato, así como de Enrique Cruz, el director de la Biblioteca Central de la Universidad Veracruzana, que me ha ayudado a localizar innumerables libros y artículos.

2. "La novela que no olvidé", en *Revista de Bellas Artes*, no. 3 (tercera época) pp. 46-49.

3. *Hidalgo: la vida del héroe* (México: Talleres Gráficos de la Nación, 1948), p. viii y ix.

4. *Dom Pierre Perignon* es además el nombre del benedictino al que la región de Champagne debe el perfeccionamiento de sus vinos y al autor de

una *Memoire sur la manière de choisir les plants de vigne convenables au sol, sur la façon de les procegnir, de les tailler, de mélanger les raisins, d'en faire la cueillette et de gouverner les vins*, en la que consignó todos sus conocimientos. Todo el mundo sabe que Hidalgo plantó viñas en Dolores y que hacía vino, por lo que también por esto el nombre que se le da en esta novela es apropiado.

5. "La revolución de independencia", en *Historia general de México*, ed. Daniel Cosío Villegas (México: El Colegio de México, 1981) I, p. 613.

6. Jorge Ibarguengoitia, *Los pasos de López* (México: Océano, 1982); en lo sucesivo me limitaré a señalar la página entre paréntesis cada vez que cite a esta obra.

7. Luis Castillo Ledón menciona "a dos hijos suyos, Agustina y Lino Mariano, habidos en sus relaciones con la señorita Manuela Ramos Pichardo" y más adelante a "dos niñas, Micaela y Josefa, habidas en sus relaciones íntimas con la señorita Josefa Quintana (...) la guapa intérprete de las heroínas de Racine en las famosas tertulias de su casa". Véase *Hidalgo: la vida del héroe*, I, p. 47 y pp. 76-77, respectivamente.

8. Castillo Ledón, I, p. 161.

9. Villoro, p. 614

10. Villoro, p. 614

11. Villoro, p. 614

12. En realidad, el alcalde Collado enviado por el virrey a procesar a los conspiradores se mostró moderado y comenzó por liberar al corregidor y al capitán Arias; más tarde, el insurgente Villagrán hizo prisionero a Collado, que iba a la capital, pero lo dejó libre a condición de que regresara a Querétaro a liberar a la corregidora y a los demás procesados, lo cual hizo, a excepción de los hermanos González, que, según Mateos, fueron desterrados a Filipinas, donde murió uno de ellos en la pobreza. Véase Castillo Ledón, II, p. 33 y p. 69.

13. Villoro, p. 617

14. Castillo Ledón, I, p. 139

15. Villoro, pp. 614-615

16. Villoro, pp. 613-614

17. Villoro, p. 616

18. Ibarguengoitia, *Estas ruinas que ves* (México: Mortiz, 2a. ed. 1981), p. 13

19. Castillo Ledón, I, p. 139

20. Además de los tres primeros capítulos y de unas líneas del noveno de la primera parte, relacionados con la destitución de Hidalgo como rector, yo incluiría en una edición abreviada de *Sacerdote y caudillo* todos los capítulos sobre la campaña que empezó en Dolores, es decir los capítulos xxix al xxxi (en que reaparece Hidalgo rumbo a Querétaro), xxxvii al xl (sobre sus actividades en Querétaro), xlvii y xlviii (sobre la delegación de Galván), de la tercera parte; también los capítulos i al iii (sobre otras denuncias), iv al viii (sobre el descubrimiento de la conjura y el arresto de los conspiradores), ix al xii (sobre el virrey Venegas), xiii al xviii (sobre los mensajeros enviados a prevenir a Hidalgo y Allende), xix al xxx (sobre el Grito de Dolores), xxxiv y xxxv (sobre la marcha insurgente), xxxviii (en Celaya), xxxix y xl, tal vez también del xli al xliiii (repercusiones de la revuelta), xlv al xlix (toma de Guanajuato), liii y liv, de la cuarta parte; también los capítulos iii y iv (avance a Valladolid), v y vi (sobre los conspiradores detenidos en Querétaro), xi y xii (encuentro con Morelos), xiii al xix (el Monte de las Cruces), xx (impresiones en la capital), xxi y xxii (retirada insurgente), xxvii (Aculco), xxxiii (otros episodios), xxxiv y xxxv (matanza de las Bateas), xxxvi y xxxvii (defensa y desalojo de Guanajuato), xli (Guadalajara), xlii al xliv (matanzas del Belem y del Salto), xlv y xlvii (Calderón), xlviii (consecuencias desastrosas), de la quinta parte; por último, también los capítulos i al viii, x al xiv, xvi al xviii y xxiii al xxv, de la sexta parte (sobre el éxodo al norte, la emboscada en Baján y el proceso y muerte de los cabecillas), y el epílogo (sobre la muerte de Elizondo).

21. En *Sacerdote y caudillo* (México: Maucci, 2a. ed. 1902). "El tañido de la campana de Dolores era el toque de la resurrección", "¡era el llamamiento de la historia, la convocación de una raza para vindicar a la humanidad!". Al salir Hidalgo, "la muchedumbre le abrió paso, como a Moisés las olas del Mar Rojo"; al terminar de hablar éste, "El sol resplandeció con más brillo que en el primer horizonte del Génesis". Era "la aurora de la libertad" (pp. 289-290). Más tarde, cuando los insurgentes avanzan sobre el Monte de las Cruces, "Hidalgo, como el Moisés de aquella generación que busca la tierra prometida de su libertad, preside el gran ejército que lo venera como un Dios". En este "teatro de gloria", "ascendió a la roca histórica que un genio había colocado en la llanura" y "Sobre aquel pedestal de granito se mostró como la estatua del heroísmo a la posteridad". "Así le veneran las generaciones, así, le cantan los poetas, así le admiran los historiadores (p. 359). Cuando Morelos se presenta a Hidalgo, Mateos escribe que "ese hombre tocaba aquella noche memorable a las puertas de la inmortalidad" (p. 354) y cuando se separan comenta que "aquellos dos gigantes no cabían en el mismo pedestal" (p. 356).

22. Castillo Ledón, II, p. 156

23. Castillo Ledón, II, p. 134

24. Mateos, p. 254 y p. 273

25. Por eso Mateos cuenta cómo Hidalgo protegió personalmente a una mujer y un niño de la turba que quería saquear su casa en Guanajuato y agrega que "aquel niño después de medio siglo tomó en su mano la pluma del historiador y descargó su injusta saña sobre el caudillo" (p. 331). Por supuesto, se trata de Alamán, y el episodio es verídico.

26. Tal vez estas diferencias se deben a que *Sacerdote y caudillo* se escribió pensando en lectores (y lectoras) a los que no les dejaría de interesar la nota roja, y a que Ibarguengoitia parece tener un interés especial en los alumnos de preparatoria y secundaria, lo que explicaría que haya despojado a Hidalgo del cargo de rector, así como de la sotana (por lo menos en una escena), así como la manera en que los cabecillas se tratan: "propongo que desde este momento tú seas coronel, Luis—dijo a Ontananza—, y tú también, Pepe—dijo a Aldaco—, y que Matías sea capitán" (p. 114).

27. Mateos, pp. 13-14

28. Mateos, p. 15

29. Luis Castillo Ledón escribe que la selección de las víctimas de la matanza de las Bateas "se debió sólo a una lista hecha al antojo de un clérigo encargado de las prisiones y a quien se le dio el sobrenombre de *Padre Chocolate*, porque decía de los desgraciados que habían de perecer, que iban a tomar el mexicanísimo alimento" (II, p. 114); aparentemente, el sobrenombre del personaje de *Los pasos* está inspirado en el de este clérigo, en todo caso, es mucho mejor que el de Cipriano Pontolongón, el espía de *Sacerdote y caudillo*.

30. Mateos, p. 260

31. Castillo Ledón, II, p. 270

32. Castillo Ledón, II, p. 268

33. Castillo Ledón, I, p. 45

34. Georg Lukács, *La novela histórica* (México: Era, 2a. ed. 1971), p. 90

35. Lukács, p. 51

36. Clementina Díaz y de Ovando en el prólogo a la novela de Juan A. Mateos, *El cerro de las campanas*, colección "Sepan cuantos" (México: Porrúa, 2a. ed. 1976) p. lxii

37. Los personajes de *Sacerdote y caudillo* hablan así:

"—Abrid, señor González, soy yo.

—Eso es otra cosa: *pasad*, señores, y *perdonad*; pero corren unos tiempos en que es necesario desconfiar de todo el mundo.

—*Tenéis razón*." (p. 257)

Los de *Los pasos*, en cambio, hablan así:

"—*Dile a Emiliano que soy yo*" (p. 99)

38. "Pero lo que constituyó una novedad para nuestros abuelos, en principios del segundo tercio del siglo XIX, fueron las diligencias (...) La hubo de 6 a 9 asientos, y los precios en 1851, eran por cada pasajero: \$ 3 a Pachuca y Cuautla, \$ 6 a Cuernavaca, \$ 7 a Puebla, \$ 35 a Veracruz, \$ 60 a Guadalajara y \$ 80 a Tepic. A Veracruz se hacía el viaje en tres días y medio y a Tepic en 9. Todos los días salían diligencias, menos los sábados a Veracruz y en la línea del interior para Tepic, lunes, miércoles y viernes, pasando por Arroyozarco, San Juan del Río, Querétaro, Salamanca, Guanajuato, León, Lagos, San Juan de los Lagos, Pegueros, Guadalajara y Tajo; durmiendo los viajeros en unos puntos y almorzando en otros, y haciendo paradas, a fin de remudar las bestias, en las postas". Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, colección "Austral", no. 494 (México: Espasa-Calpe, 3a. ed. 1966) pp. 54-55

39. Castillo Ledón, II, p. 285

40. Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de independencia*, colección SEP/80, no. 9 (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), p. 151

41. Ignacio M. Altamirano, "Prólogo" a *El romancero nacional* de Guillermo Prieto, en *La literatura nacional*, ed. José Luis Martínez, Colección de Escritores Mexicanos, nos. 52, 53 y 54 (México: Porrúa, 1949), III, p. 193

42. Altamirano, III, p. 194

43. Altamirano, III, pp. 193-194

44. Altamirano, III, p. 194

45. Altamirano, III, p. 188

46. Altamirano, "De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870", en *La literatura nacional*, I, p. 257

47. Altamirano, I, p. 265

48. Altamirano, I, p. 272

49. John S. Brushwood menciona otra novela sobre el tema, *El grito de Dolores* (1887), de José Severino de la Sota. Véase *México en su novela*, Breviarios, no. 230 (México: Fondo de Cultura Económica, 1973), p. 402

50. Altamirano, "Revistas literarias de México (1821-1867)", en *La literatura nacional*, I, p. 17

51. Altamirano, I, p. 28

52. Altamirano, III, pp. 199-200

53. Luis González, "El liberalismo triunfante, en *Historia general de México*, ed. Daniel Cosío Villegas, II, p. 1014

54. Cristina Barros, "Enseñar historia"; en *Unomásuno*, 24 de enero de 1983, p. 22